

mos en «serie», también tiene sus días de inspiración y los 16 o 32 compases salen con acierto, magníficos de justeza y matemáticos, al revés de muchos «atrevidos» de orquestas de «fuera». Su «pose» se ha hecho pintoresca. Pegada la boquilla de su trompeta en los labios, se hincha y cambia de color y se contorsiona como un dibujo de Disney, dando la impresión, quien no lo conoce ni lo ha visto nunca, que lo están electrocutando. Si Buenaventura diese un paseito por el país del dólar, tendría el dinero a montones, como las tejas y ladrillos, al igual que Sinatra. Y conoce a la perfección —de las cuales es un profundo enamorado— las novelas de «indios y cow-boys». Conoce todos los números del popular «Coyote» y todos los «coyotes» que existen. Le gustan la intriga, los puñetazos y las peleas... pero en la pantalla o en las novelas.

Pero a «Ventura» —como le llamamos—, dejando aparte su temperamento infantil, jovial, franco y bonachón, no le gusta el estudio. Se lo han dicho muchos. Tiene confianza en su gran intuición y su memoria. De ser constante habría tenido buenas proposiciones. ¡Y las ha tenido! Pedro Masmitjá, la orquesta «Fatchendas», etc., con la particularidad de que su carrera artística es pequeña. Actuó una temporada (en la temporada de su debut, 1940) en una pequeña orquesta, la «Poppey's»; hizo tres consecutivas con la desaparecida «Do-mi-sol» y es fundador de la actual orquesta «Selección», en la cual actúa. ¡Y no va más!

No me ha costado mucho encontrarle. Marchaba al trabajo, montado en su bicicleta. Era temprano aún y charlan-

do hemos paseado un poco. Le he invitado a fumar y conoedor ya de mis intenciones, le he lanzado la consabida pregunta:

—¿Qué opinas de la música de jazz?.

—Que la buena música de jazz tiene alma y un fondo indescriptible tan maravilloso, que me gusta y entusiasma.

—¿...?

—Creo que estas dos formas, el «hot» y el «vocalismo», seguirán su curso como hasta hoy, y mi parecer es de que son imprescindibles dentro de la música de jazz.

Te hablaré del primero de ellos. En un número de conjunto, intercalar x compases de improvisación de cualquier instrumento como segundo término y por fondo las armonías del conjunto, le da más swing y más color. Y al mismo tiempo que se emplea —aunque no lo parezca— para dar ciertas imitaciones, acredita de una forma magnífica la valía de cada solista en el conjunto. Haciendo constar, naturalmente, que me refiero a los conjuntos extranjeros, que son los que dominan más la improvisación individual y colectiva. ¿Quién no ha oído las improvisaciones e imitaciones de la famosa orquesta de Duke Ellington? ¡Es formidable!...

Y hablando de «vocalismo», como me insinúas, te podría hacer un capítulo interminable, pero te diré lo más esencial y lo más importante.

En muchos números la intervención del vocalista —un buen vocalista, entendámonos,— da al número que se interpreta, el carácter necesario o descriptible, como lo ha concebido el autor, suponiendo que éste tenga la sinceridad de hacer *algo* bien hecho. Entonces, con la melodía y una buena inter-